

¿VUELVE LA INTOLERANCIA?

Me parece evidente que vivimos en una sociedad plural. Basta, para confirmarlo, comprobar cómo coexisten entre nosotros una amplia diversidad de opiniones, mentalidades y estilos de vida, valores éticos e identidades religiosas.

ATRÁS quedó aquel país uniforme en el que, aparentemente, todos pensaban, sentían y vivían sin divergencias de consideración. Fue una época en la que lo diferente y lo nuevo provocaban una reacción de neto rechazo, al tiempo que un intento de sometimiento de quien se salía de la fila.

Algo similar podríamos decir de lo que nos ha ocurrido en la iglesia: ya pasó aquella imagen que la concebía como un colectivo homogéneo, sin apenas diferencias ni apertura a las reformas. Era una forma de vivir y de entender la iglesia, en la que no podía haber lugar para la libertad de conciencia y el diálogo. Todo estaba dicho y reglamentado, de modo que era inaceptable que se solicitara participar en una interpretación compartida de lo que, hoy y aquí, significa ser cristianos y vivir como tales.

Atendiendo ahora a nuestro presente, ¿de verdad que caducaron ya los tiempos de la obediencia

ciega y el conservadurismo? ¿Será cierto que se está produciendo un rebrote de mentalidades fundamentalistas, integristas e intolerantes? ¿Existen sectores que promueven una «vuelta atrás», a la cristiandad, y que, bajo la excusa del valor de la universalidad y la unidad de la iglesia, en realidad lo que desean es la uniformidad y el reglamentismo? ¿Habrá quienes los añoren e intenten recuperarlos?

Todo parece indicar que sí, que hay grupos incómodos en una iglesia plural, recelosos frente al diálogo y el discernimiento compartidos, deseosos de la seguridad que da la repetición de lo antiguo.

El problema no está en el «cuáles» son los desacuerdos, sino en el «cómo» los tratamos.

NO SON SINÓNIMOS

Aunque muchas veces los usamos como sinónimos, puede venirnos bien clarificar qué relación existe

entre fundamentalismo, integrismo e intolerancia. Se llama fundamentalista una corriente religiosa o ideológica que defiende la aplicación literal, sin interpretación, de sus textos sagrados o fundacionales. También se califica como fundamentalista el cumplimiento rígido de una práctica establecida. El fundamentalismo es hoy en día una tendencia presente en muchas religiones y fuerzas políticas, incluso hegemónica en algunos casos.

Por su parte, el término integrismo suele utilizarse como sinónimo de fundamentalismo, añadiéndole un tono claramente peyorativo. Podría matizarse que el integrista rechaza los cambios con la intención de mantener todo como intocable: la «integridad de lo acostumbrado». Tanto fundamentalismo como integrismo son mentalidades reactivas, de conservación, defensivas.

La intolerancia se entiende como la resistencia o la incapacidad para reconocer, realmente, aquello que es diferente de uno mismo. La intolerancia es una de las consecuencias sociales del fundamentalismo, aunque sin olvidar que también puede darse entre los que suelen llamarse «renovadores».

Si aceptamos que nuestro tiempo no es solo una época de cambios sino, más allá, un auténtico cambio de época, nos resultará más comprensible que en situaciones como esta, de crisis y de transformaciones profundas, el fundamentalismo y la intolerancia encuentren una audiencia creciente. El rechazo de la necesidad de interpretar y adaptar lo establecido, para cumplir estrictamente lo establecido parece ofrecer una apetecible seguridad pastoral de bajo coste. «Pastoral barata», sí, pero a la larga «cara» porque esta es una actitud que acaba afectando a la comunión eclesial.

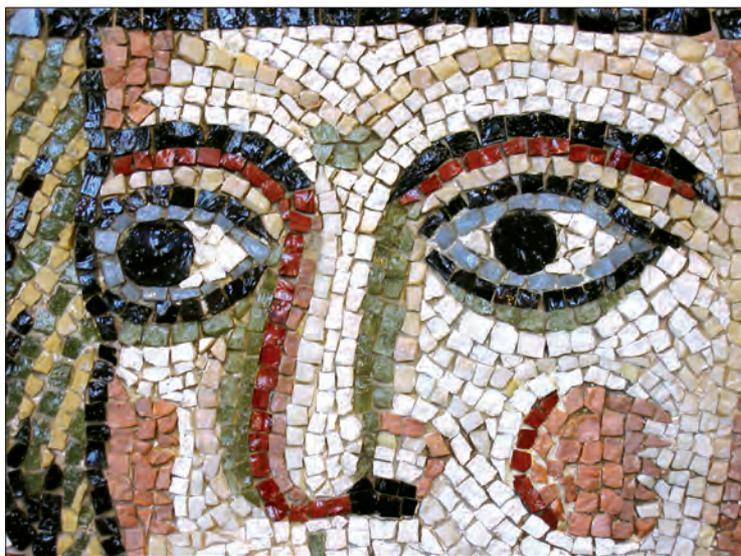
Quede claro que lo preocupante de la intolerancia fundamentalista no es que existan dentro de la iglesia distintos pareceres, planteamientos y sensibilidades. Al contrario, esa variedad es signo de madurez, de libertad de conciencia y de expresión, de pluralidad. La diversidad es una seña de identidad que nos caracteriza como iglesia desde sus orígenes neotestamentarios. Pensar o soñar distinto no lesiona la comunión eclesial, si esa diferencia no nos aísla.

DIALOGAR Y DISCERNIR EN COMÚN

Creo yo que el problema no está en el «cuáles» son los desacuerdos, sino en el «cómo» los tratamos. Podemos discrepar en planes, estilos y prioridades

pastorales, si lo que nos ocupa y preocupa es cómo dialogar y discernir en común. Lo que sí erosiona la comunión es negarse al encuentro, al debate y la búsqueda del consenso. En nada ayuda a la auténtica comunión la defensa como «fundamental», y por ello intocable, de lo que es opinable y reformable. En nada ayuda al diálogo fraterno el parapetarse tras normas y tradiciones como único y definitivo argumento. Al contrario, el «reglamentismo» suele ignorar atrevidamente cuántos cambios han tenido en la historia eclesial esos códigos y costumbres que ahora defiende como indudables.

Hay quienes piensan que este rebrotar del fundamentalismo católico no tiene horizonte en una sociedad abierta, plural y pluralista. ¿Qué fecundidad se puede esperar razonablemente de planteamientos evangelizadores que se remiten esencialmente al pasado? ¿Para qué invocar los dones del Espíritu Santo si ya todo está definido hasta la última coma?



¿Cómo proponer el Evangelio sin activar, a la vez, la conciencia libre y comunitaria que al actualizarlo lo haga palabra de vida verdadera? ¿Cómo aceptar en la Iglesia que «quien no asume la misión exactamente como lo hago yo, está fuera de lo permisible»?

Sí, parece que el fundamentalismo tiene poco futuro, pero no olvidemos la fina observación del papa Francisco: «Es curioso. Cuando me doy cuenta de que un joven es demasiado rígido, es demasiado fundamentalista, no me da confianza; detrás hay algo que él mismo no sabe... Pero cuando se siente seguro... Ojos abiertos sobre la misión en los seminarios. Ojos abiertos».

JAVIER OÑATE |